CONQUISTA

DE LA AMERICA MEXICANA

POR LOS ESPAÑOLES.

CAPITULO 1.°

Del nacimiento, pàtria y padres de Fernando Cortès.

Año de mil cuatrocientos ochenta y cinco, siendo reyes de Castilla y Aragon los católicos D. Fernando y Doña Isabel, naciò Fernando Cortés en Medellin. Su padre se llamó Martin Cortés de Monroy, y su madre Doña Catalina Pizarro Altamirano, ámbos hidalgos, porque todos estos cuatro linages Cortés, Monroy, Pizarro y Altamirano, son muy antiguos, nobles y honrados. Tenian poca hacienda, pero mucha honra, que raras veces acontece, sino en personas de buena vida; y así no solo los honraban sus vecinos por la bondad y cristiandad que habia en ellos, sino que ellos propios se esmeraban en portarse con toda estimacion y honor en sus cosas, por donde se grangearon ser estimados y bien quistos de todos. La madre era muy religiosa y caritativa: hízose preñada, y vino à nacerles un hijo, que le pusieron por nombre Fernando; se criò muy enfermo, por cuyo motivo sus padres echaron suertes en los doce apòstoles, y determinaron darle por abogado el postrero que saliese, que le cupo à S. Pedro, en cuyo nombre le digeron varias misas y oraciones, con las cuales quiso Dios que sanase, y de que le quedò à Cortés ser tan devoto del glorioso apòstol de Jesucristo S. Pedro, teniéndolo siempre por su especial abogado, y regocijaba cada año su dia en la iglesia y en su casa, y en donde quiera que se hallase. A los catorce años de su edad lo enviaron sus padres á estudiar á Salamanca, donde estubo dos años aprendiendo gramática en casa de Francisco Nuñez de Valera, que estaba casado con Inès de Paz, hermana de su padre. Volviose á Medellin harto arrepentido de estudiar, ò quizá falto de dineros. Sus padres sintieron mucho su vuelta y se enojaron con èl por haber dejado los estudios, que deseaban que aprendiese leyes, y mayores facultades, porque era de mucho ingenio y hàbil para toda cosa; pero él que se viò reñir en casa de sus padres, y era bullicioso, altivo y travieso, y como mancebo saliòse de su

casa con determinacion de irse por el mundo, y le vino al pensamiento de tomar uno de los dos caminos que á la sazon se le proporcionaban, y fué el uno á Italia à la guerra, que al presente tenia en Nápoles el gran capitan Gonzalo Fernandez de Córdova con los franceses, y el otro era para la isla de Cuba, que entonces venia por gobernador el comendador Ovando, que era conocido de su padre ó amigo, aunque tambien si fuera á Nápoles tenia parientes y conocidos; mas entre tanto que Ovando aderezaba su partida, y se aprestaba la flota que habia de llevar, entró Fernando Cortés una noche á una casa por hablar á una muger, y andando por una pared de un trascorral mal cimentada, calló con ella, y al ruido que hizo la pared, las armas y el broquél que llevaba, salió un recien casado, que como le vió caido cerca de su puerta, lo quiso matar, sospechando algo de su muger; pero una suegra suya se lo estorbó. Quedó malo de la caida, recreciéronle cuartanas que le duraron mucho tiempo, y así no pudo ir con el gobernador Ovando. Cuando fué sano determinó de pasar á Italia, segun lo habia primero pensado, y se puso camino de Valencia, pero no pasò á mas ejecucion, sino andùbose á la flor del berro, aunque no sin trabajos y necesidades cerca de un año; tornóse à Medellin con determinacion de pasar á las Indias, diéronle sus padres la bendicion y dineros para que gastára en el camino.

CAPITULO 2.°

De la edad que tenia Cortès cuando pasó á Indias.

Tenia Fernando Cortès cerca de diez y ocho años, y de tan poca edad se determinó pasar á Indias á la isla de Santo Domingo, donde iba por gobernador Ovando, y á este fin se concertò con un piloto, (que no me acuerdo como se decia) è iba con los demas navios en compañia de Alonso Quintero. Luego que llegò á S. Lucar de Barrameda, se metiò en la náo, y caminaron hasta las islas de Canarias, donde hicieron agua y refresco de comida. El Alonso Quintero se partiò una noche de codicioso sin hablar à los compañeros, por llegar antes á Santo Domingo, y vender mas caras sus mercadurias que no ellos; pero luego que hizo vela cargò tanto el tiempo, que le quebrò el mastil de la nave, por lo cual se vió precisado el tornar á la Somára, y rogar á los otros lo esperasen que aun no habian salido, mientras èl aderezaba su mastil; ellos lo esperaron, y se partieron juntos á vista unos de otros gran pedazo de mar. Quintero, que viò el tiempo bueno hecho, se adelantó otra vez de la compañia, poniendo como primero la esperanza de la ganancia en la presteza del camino, y como Francisco Niño de Guelva, que era piloto, no sabia guiar la nào, llegaron tarde y á mal tiempo que no sabian de si, cuanto mas

donde estaban; con esta tristeza estaba el dicho Quintero y los marineros y pasageros admirados sin saber que camino habian de tomar. El piloto echaba la culpa al patron, y el patron al piloto, y con estas controversias crecian mas sus necesidades, pues se fueron apocando los bastimentos, de suerte que no tenian que comer ni que beber, mas que el agua que llovia; unos maldecian su fortuna y venida, y otros pedian á Dios misericordia esperando la muerte, ò recelosos de ir á parar à tierras de infieles. Con todas estas calamidades estaban los de dicha náo, cuando un dia vieron venir una paloma en lo alto del mastil al ponerse el sol, que tuvieron por buena señal, y congeturaron que estaban cerca de tierra, causando mucha alegria, consolándose unos á otros, y todos dando gracias á Dios enderezaron la nave ácia donde iba la paloma; pero luego desapareciò, conque tornaron á entristecerse, y à hacer estremos de sentimiento, aunque no perdieron la esperanza de ver presto tierra, y así fuè, porque la misma pascua descubrieron la isla española, y Cristobal Zorzo, que guardaba dijo, *tierra! tierra!* voz que alegra y consuela à los navegantes; miró el piloto, y conoció ser la punta de Samanáa, y de allí à tres ó cuatro dias entraron en Santo Domingo que tan deseado tenian, donde ya estaban muchos dias habia las otras cuatro náos.

CAPITULO 3.°

Del tiempo que residiò en Santo Domingo, Fernando Cortès.

No estaba el gobernador Ovando en la ciudad cuando llegó Cortès á Santo Domingo; pero un secretario suyo que se llamaba Medina, lo hospedó é informó del estado de la isla, y de lo que habia de hacer; aconsejóle que avecindase allí, y que le darian un solar, é hiciese casas, y tierras para labrar. Cortés, que pensaba en cosas mas altas y de mas precio, tuvo en poco aquello, que mas queria ir á buscar oro y riquezas. Al fin de algunos dias vino el gobernador, y le vió, y le besò las manos, y se holgò mucho con él, y estubieron en conversacion, y preguntándole por las cosas de Estremadura; y de allí à pocos dias le hizo teniente de unas provincias que se habian alzado, que las señoreaba una gran señora de aquellas tierras, que se decian de Dayguào, y la escribania del ayuntamiento de Azua, una villa que fundára donde vivió Cortés cinco ò seis años, y se dió á grangerias. Quiso en este medio tiempo pasar á Beragua que tenia fama de riquisima con Diego de Nicuesa, y no pudo por una apostéma que se le hizo en la corva derecha, la cual le dió la vida, ó á lo menos le quitò de muchos trabajos y peligros que pasaron los que allá fueron, segun en la historia contarémos.

CAPITULO 4º.

En que se cuentan algunas cosas que acontecieron en Cuba á Cortés.

Enviò el almirante D. Diego Colon, que gobernaba las Indias, à Diego Velazquez, que conquistase á Cuba el año de once, y dióle gente, armas y cosas necesarias, y Fernando Cortés fuè á la conquista por oficial del tesorero, y Miguel de Pasamonte, para tener cuenta con los quintos y haciendas del rey, y aun el mismo Diego Velazquez se lo rogó por ser hàbil, y muy diligente y dichoso; y así tuvo reparticion que hizo Diego Velazquez con él, y cúpole al dicho Cortès de la conquista un pueblo, ó estancias adonde tuvo compañia con su cuñado, y dióse tan buena maña en criar ganados mayor y menor, en el tiempo que vivió en Santiago de Cuba, que se pobló muy bien, y fué el primero que avecindó allì, y sacaba gran cantidad de ganados, y con estar tan ocupado, no dejaba de tratar de negocios arduos, y despachar, como fueron la casa de la fundacion y un hospital, y llevó á Juan Juarez natural de Granada, y tres ó cuatro hermanas suyas y á su madre, que habian ido à Santo Domingo con la vireina Doña Maria de Toledo el año de nueve con pensamiento de casarse allà con hombres ricos, porque ellas eran pobres, y aun la una de ellas que se llamaba Doña Catalina, solia decir muy deveras, que habia de ser muy señora, ò que lo soñase, ó que se lo digese algun astrólogo, aunque dicen, que su madre sabia muchas cosas. Eran las Juarez bonicas, por lo cual, y por haber allí pocas españolas las festejaban muchos, y Cortès á Catalina, y en fin se casó con ella, aunque primero tuvo sobre ello algunas pendencias y estubo preso, que no la queria èl por muger, y ella le pedia la palabra. Diego Velazquez la favorecia por amor de otra su hermana que tenia ruin fama, y aun él era muy demasiado de mugeril. Acusábanle y poniánle por cargo Baltazar Bermudez, Juan Juarez y dos Antonios Velazquez, y un Villegas para que se casase con ella, y como le querian mal, digeron muy muchos males del Diego Velazquez á cerca de los negocios de importancia que trataba con personas honradas, lo cual no tenia en secreto con amigos, porque muchos se quejaban de èl, y que no acudia à dar cargos honrados á personas de mèritos, y que hacia sus repartimientos á personas que no lo merecian; y en fin tuvo enojos el Velazquez con Cortès de tal suerte, que quebró la amistad y parentesco con Cortés, y una vez tuvo palabras el Cortés con el Velazquez, y mandò ponerlo en la cárcel, y le formò proceso contra él como acontece en aquellas partes, y Cortés de que se vió preso una vez quebró el pestillo de la llave del candado del cepo, tomò la espada y rodela del alcaide, y abrió una ventana: descolgòse por ella, y fuese á la iglesia, y Diego Velazquez riñò á Cristobal de Lagos, diciendo que soltó à Cortés por dineros y soborno: procurò sacarlo con engaño de sagrado, y aun por fuerza; mas Cortés entendia las palabras y resistia la fuerza; pero con todo se descuidò un dia, y lo cogieron paseàndose delante de la puerta de la iglesia, Juan Esaldero y otros, y metiéronlo en una nave sola. Ya entonces favorecian muchos á Cortés, conociendo la pasion del gobernador: nuestro Cortés como se vió en la nave desconfiò de su libertad, y creyò que lo enviarian á Santo Domingo ó à España: probò muchas veces á sacar el pie de la cadena, y tanto hizo, que lo consiguiò aunque con grandisimo dolor: trocó luego aquella misma noche sus vestidos con el mozo que le servia, y se salió por la bomba sin ser sentido, y colóse de presto por delante del navio al esquife, y con el mozo saltò en un barco de otro navio. Era tanta la corriente de la mar, que no pudo entrar por barucóa, y como se vió en aprieto, quitóse las ropas y tomó las escrituras y papeles, y se los ató en la cabeza, y de esta suerte se echó á nadar, y trás él el mozo, y llegó á tierra, y se fué á casa de un amigo leal; mas al fin lo supo Diego Velazquez, y andubo acariciándole con buenas palabras, y le embió à decir entonces á Cortés que lo pasado, pasado, y fuesen amigos como primero, para ir sobre ciertos isleños que andaban alzados; y Cortés se casó con Catalina Juarez, porque lo habia prometido y por vivir en paz. Desde entonces no quiso hablar á Velazquez, ni tenia ya tanta amistad en mas de muchos dias, y á este tiempo salió Velazquez con mucha gente contra los alzados, y dijo Cortès á su cuñado Juan Juarez, que le sacase fuera de la ciudad una lanza y ballesta, y èl salió de la iglesia en anocheciendo, y tomando la ballesta se fué con su cuñado á una granja, donde estaba Diego Velazquez con solos sus criados, que los demas estaban aposentados en un lugar allí cerca, y aun no habian venido todos. Como era la primera jornada llegó tarde, y à tiempo que miraba Diego Velazquez el libro de la despensa, llamó á la puerta que abierta estaba, y dijo al que respondió, que era Cortés, que queria hablar al señor gobernador, y trás esto entròse dentro: Diego Velazquez temió por verle armado y á tal hora; rogóle que cenase y descansase sin recelo; él dijo que no venia sino á saber las quejas que de él tenia y satisfacerle, y á ser su amigo y servirle, y allí se dieron las manos por amigos, y despues de muchas razones que trataron se acostaron juntos en una cama, y à la mañana llegó Diego de Orellana que fuè á ver al gobernador, y á decirle como se habia ido Cortès, y de esta manera tornó à la antigua amistad que primero tenia con Diego Velazquez, y se fué á la guerra, y cuando volvió se pensó ahogar en la mar, que viniendo de las bocas de Barucóa à ver unos pastores é indios que traia en

unas minas á Barucóa donde vivia, se le trastornó la canoa de noche, á media legua de tierra y con tempestad; mas salió á nado, y á tino de una lumbre de pastores que cenaban junto al mar. Por semejantes peligros y rodéos corren su camino los muy excelentes varones, hasta llegar á donde les estaba guardada su buena dicha y ventura.

CAPITULO 5.°

Del descubrimiento de la Nueva España, y otras cosas.

Francisco Hernandez de Còrdova descubriò á Yucatàn, (segun ya contamos en la otra parte), yendo por indios à rescatar en tres navios que armaron él, y Cristobal Morante, y Lope Ochoa de Zalcedo, el año de diez y siete, el cual, aunque no trajo sino heridas del descubrimiento, trajo relacion de como aquella tierra era rica de oro y plata, y la gente vestida. Diego Velazquez que gobernaba la isla de Cuba, envió luego el año siguiente á Juan Grijalba su sobrino con doscientos españoles en cuatro navios, pensando ganar mucha plata y oro por las cosas de mercaduría que enviaba adonde Francisco Hernandez habia descubierto. Llegó Juan de Grijalba á Yucatàn, peleò con los indios y con el señor de Pontóchan, y saliò herido. Entrò en el rio, que por eso llaman de Grijalba, y en èl rescatò cosas de poco valor, mucho oro y mantas de algodon, y lindas cosas de pluma, y púsole nombre de S. Juan de Ulúa. Tomó posesion de la tierra por el rey, en nombre de Diego Velazquez, y trocò sus mercadurías por piezas de oro, algodon y plumages; y si conociera su buena dicha, poblára en tan rica tierra, como le rogaban sus compañeros, y fuera lo que fué Cortés; mas no era tanto bien para quien no lo conocia, aunque se escusaba con el que no iba á poblar, sino á rescatar y descubrir si aquella tierra era de Yucatan ó era isla; tambien lo dijo por miedo de la mucha gente y gran tierra, viendo que no era isla, entonces huian de entrar en tierra firme, y habia muchos que deseaban á Cuba, como era Pedro de Alvarado, que se perdia por una isleña, y asi procuró volver con la relacion de lo hasta alli sucedido á Diego Velazquez. Corrió la costa Juan de Grijalba hasta Panuco, y tornòse á Cuba, rescatando con los naturales oro, pluma y algodon, á pesar de todos los mas, y aun lloraba porque no querian tornar con él: (tan para poco era) Tardó cinco meses desde que salió hasta que tornó à la misma isla, y ocho desde que salió de Santiago hasta que volvió á la ciudad, y cuando llegó no lo quiso ver Diego Velazquez, que fué su merecido.

CAPITULO 6.°

Del rescate que tuvo Juan de Grijalba en las islas de Yucatán, y S. Juan de Ulúa.

Rescató Juan de Grijalba con los indios de Pontóchan, y de S. Juan de Ulúa, y Villarica, y otros lugares de aquella costa tantas cosas y tales, que amáran los de su compañia de quedarse alli, y por tan poco precio, que holgáran de fiar con ellos cuanto llevaban. Valia mas la obra de muchas de ellas, que no el material; trajo en fin lo siguiente. Un ídolo de oro hueco, y otro idolejo de lo mismo, con cuernos y cabellera, que tenia un sartal al cuello, un mosqueador en la mano, y una piedrecita en el ombligo. Una como patena de oro delgada con algunas piedras engastadas. Un casquete de oro con dos cuernos, y cabellera negra: veinte y dos arracadas de oro, cada una con tres pinjantes de lo mismo: otras tantas arracadas de oro mas chicas: cuatro axórcas de oro muy anchas: un escarcelon de oro delgado: una sarta de cuentas de oro huecas, y con una rana de lo mismo muy bien hecha: otra sarta de lo mismo con un leoncito de oro: un par de zarcillos grandes de oro: dos aguilicas de oro bien vaciadas: un salerillo de oro que pesó seis onzas: dos zarcillos de oro y turquesas, cada uno con ocho colgajos: una gargantilla para muger de doce piezas de oro con veinte y cuatro pinjantes de piedras de valor: un collar de oro grande, y otros dos de lo mismo delgados: otros siete collares de oro con piedras buenas: cuatro zarcillos de hoja de oro: veinte anzuelos de oro fino conque pescaban: doce granos de oro que pesaron cincuenta ducados: una trenza de oro y planchuelas de oro delgadas: una olla de oro y un ìdolo de oro hueco y delgado: algunas *bronchas* (1) delgadas de oro: nueve cuentas de oro huecas con su extrémo: dos sartas de cuentas de piedras de valor y doradas: otra sarta de palo dorado con canutillos de oro: una tacita de oro con ocho piedras moradas, y veinte y tres de otras colores: un espejo de dos ases guarnecido con oro: cuatro cascabeles de oro, y una salserilla de oro delgado: un botecito de oro con ciertos collarejos de oro, que valian poco: algunas arracadillas de oro pobres: una como manzana de oro hueca: cuarenta achas de oro con alguna mezcla de cobre, que valian hasta dos mil y quinientos ducados: todas las piezas que son menester para armar á un hombre, de oro delgado: una armadura de palo con oja de oro y piedrecitas negras, y un penacho de cuero con oro: cuatro armaduras de palo para las rodillas, cubiertas de hoja de oro: dos escarcelones

[1] *Arma corta como puñal: véase el diccionario de la lengua; tiene otras varias significaciones.*

de madera con hojas de oro delgadas: dos rodelas cubiertas de pluma, de muchos y finos colores: otras rodelas de oro y pluma: un plumage grande de colores, con una àguila enmedio al natural, y un ventalle de oro y pluma: dos mosqueadores de pluma verde ricos, que eran como pálios: dos cantarillos de piedra de alabastro, llenos de diversas piedras de color algo finas, y entre ellas una que valió dos mil ducados, y ciertas cuentas de estaño: cinco sartas de cuentas de barro redondas y cubiertas de hoja de oro muy delgada: ciento y cincuenta cuentas de oro huecas: unas tixeras de palo dorado, y dos máscaras doradas, y otra máscara de mosáico con oro: cuatro máscaras de madera doradas, de las cuales una tenia dos bandas derechas de mosàico con turquesillas, y otras las orejas de lo mismo, aunque con mas oro, y otra era mosáica de lo mismo de la nariz arriba, y la postrera de los ojos arriba: cuatro platos de palo cubiertos de hoja de oro ó jícaras como grandes fuentes de calabazas grandes: una cabeza de perro cubierta de piedrecitas: otra cabeza de animal y de piedra guarnecida de oro con su corona y cresta, y dos pinjantes, que todo era de oro delgado: cinco pares de zapatos como esparteñas y tres cueros colorados: siete navajas de pedernal conque sacrificaban: dos escudillas pintadas de palo, y un jarro: una ropeta con medias mangas de pluma de colores buena: un como peinador de algodon fino, y otra manta de pluma verde grande y fina, con otras muchas mantas de algodon fino delgadas: otras mantas de algodon algo groseras: muchos pevétes de suave olor, y dos tocas ó almaizales de buen algodon: mucho *axi*, que se dice chile ó pimientos de la tierra, y otras frutas. Trajo sin esto una muger que le dieron, y ciertos hombres indios que tomó: por uno de los cuales le daban lo que pesase de oro, y no lo quiso dar. Trajo tambien nuevas, que habia amazónas en ciertas islas, y muchos lo creyeron, espantados de las cosas que traia rescatadas por vilísimo precio, porque no le habian costado todas ellas sino seis camisas de lienzo vasto: cinco tocadores: tres zaragüelles: cinco servillas de muger: cinco cintas anchas de cuero labradas, de iladizo de colores con sus bolsas: muchas bolsillas de badana: muchas agujetes de un herrete y de dos: seis espejos doradillos: cuatro medallas de vidrio: dos mil cuentas verdes de vidrio que tuvieron por finas: cien sartas de cuentas de muchos colores: veinte peines, que apreciaron mucho: seis tigeras que les agradaron: quince cuchillos grandes y chicos: mil ahujas de coser, y dos mil alfileres: ocho alpargatas, y unas tenazas y martillo: siete caperuzas de color, y tres sayas de colores gironados: un sayo de frisa con su caperuza, y otro de terciopelo verde, traido con una gorra negra de terciopelo.

CAPITULO 7.°

La diligencia y gasto que hizo Cortès en armar la flota.

Como tardaba Juan de Grijalba, mas que tardó Francisco Hernandez á volver ó enviar aviso de lo que hacia, despachó Diego Velazquez á Cristobal de Olid en una carabela de socorro, y á saber de él, encargándole que tornase luego con cartas de Grijalba; pero Cristobal de Olid anduvo poco por Yucatán, y sin hallar à Juan de Grijalba se volvió á Cuba, que fuè un gran daño para Diego Velazquez y para Grijalba, porque si fuera á S. Juan de Ulúa ó mas adelante, hiciera por ventura poblar allí à Grijalba; mas él dijo, que le convino dar la vuelta por haber perdido las ancoras. Llegó Pedro de Alvarado despues de partido Cristobal de Olid con la relacion del descubrimiento y con muchas cosas de oro, pluma y algodon que se habian rescatado, con las cuales, y con lo que dijo de palabra, se holgó y maravilló Diego Velazquez con todos los españoles de Cuba; mas temió la vuelta de Grijalba, porque le decian los enfermos que de allá vinieron, como no tenia gana de poblar, y que la tierra y gente era mucha, y guerrera, y aun porque desconfiaba de la prudencia y ànimo de su pariente. Determinó enviar allá de nuevo algunas náos con gente y armas y mucha quinquilleria, pensando enriquecer por rescates y poblar por fuerza. Rogó á Baltasar Bermudez que fuese, y como le pidió tres mil ducados para ir bien armado y proveido, dejóle diciendole, que seria mas el gasto de aquella manera que no el provecho. Tenia poco estómago para gastar, y era codicioso, y queria enviar armada á costa agena, que asì habia hecho casi la de Grijalba; porque Francisco de Montejo puso un navio y muchos bastimentos, y Alonso Hernandez Portocarrero, Alonso de Avila, Diego de Ordàz, y otros muchos fueron á su costa con Juan de Grijalba. Hablò à Fernando Cortés para que armasen ámbos á medias, porque tenia dos mil castellanos de oro en compañia de Andrès de Duero, mercader; y porque era hombre diligente, discreto y esforzado, rogóle que fuese con la flota, encareciendole el viage y negocio. Fernando Cortès que tenia grande ánimo y deseos, aceptó la compañia y el gasto, y la ida, creyendo que no seria mucha la costa, y así se concertaron presto. Enviaron á Juan de Saucedo, que habia venido con Alvarado á sacar una licencia de los frailes Gerónimos que gobernaban entonces, de poder ir á rescatar para los gastos, y à buscar à Juan de Grijalba, que sin ella no podia nadie rescatar porque feriaban mercadurias por oro y plata. Fray Luis de Figueróa, fray Alonso de Santo Domingo, y fray Bernardino Manzanedo, que eran los gobernadores,

dieron la licencia para Fernando Cortés como capitan y armador con Diego Velazquez, mandando que fuesen con èl un tesorero y un veedor para procurar, y tener el quinto del rey como era de costumbre. Entre tanto que venia la licencia de los gobernadores comenzó Fernando Cortès á aderezarse para la jornada: habló á sus amigos y á otros muchos para ver si querian ir con él, y como halló trescientos que fuesen, compró una carabela y un bergantin que unió con la carabela que trajo Pedro de Alvarado, y otro bergantin de Diego Velazquez, y proveyólos de armas, artilleria y municion. Compró vino, aceite, habas, garvanzos y otras cosillas; tomó fiada de Diego Sanchez, tendero, una tienda de boncheria en setecientos pesos de oro: Diego Velazquez le dió mil castellanos de la hacienda de Pánfilo de Narvaez, que tenia en su poder por su ausencia, diciendo, que no tenia blanca suya, y dó á muchos soldados que iban en la flota dineros con obligacion de mancomun, ó fianzas, y capitularon àmbos lo que cada uno habia de hacer ante Alonso de Escalante, escribano público y real, à 23 dias de octubre del año de 1518. Volvió á Cuba Juan de Grijalba en aquella misma sazon, y hubo con su venida mudanza en Diego Velazquez, que no quiso gastar mas en la flota que armaba Cortès, ni quisiera que la acabara de armar. La causa porque lo hizo fué por querer enviar por sí á solas aquellas mismas náos de Grijalba, y ver el gasto de Cortés, y el ánimo conque gastaba: pensar que se le alzaria como habia èl hecho con el almirante D. Diego Oyr, y creer à Bermudez, y á los Velazquez, que le decian que no fiase de èl, que era estremeño, mañoso, altivo, amador de honras, y hombre que se vengaria en aquello de lo pasado. El Bermudez estaba muy arrepentido por no haber tomado él aquella empresa cuando le rogaron, sabiendo entonces el grande y hermoso rescate que Grijalba traia, y cuan rica tierra era la nuevamente descubierta: los Velazquez querian como parientes, ser los capitanes y cabezas de la armada, aunque no eran para ello, segun dicen. Pensó tambien Diego Velazquez, que aflojando él, cesaria Cortés, y como procedia en el negocio echóle á Amador de La Rez persona muy principal para que dejase la ida, pues Grijalba era vuelto, y que le pagarian lo gastado. Cortès entendiendo los pensamientos del Diego Velazquez dijo al La Rez, que no dejaria de ir siquiera por la vergüenza, ni apartaria compañia, y si Diego Velazquez queria enviar á otro armando por sí, que lo hiciese, que él ya tenia licencia de los frailes gobernadores, y asì habló con sus amigos y personas principales que se aparejaban para la jornada, á ver si le seguirian y favorecerian; y como hallase toda amistad y ayuda en ellos, comenzó á buscar dineros, y tomó fiados cuatro mil pesos de oro de Andrés de Duero, Pedro de Xerez, Antonio de Santa Clara, mercaderes, y otros con los cuales compró dos náos y seis caballos, y muchos ves-

tidos: socorrió á muchos, tomó casa, hizo mesa, y comenzó á ir con armas y mucha compañia, de que muchos murmuraban, diciendo que tenia estado sin señorio. Llegó en esto à Santiago Juan de Grijalba, y no le quiso ver Diego Velazquez porque se vino de aquella tierra rica, y pesábale que Cortès fuese allá tan pujante; pero no le pudo estorbar la ida porque todos le seguian, tanto los que allí estaban como los que venian con Grijalba, que si los tratàra con rigor hubiera revuelta en la ciudad, y aun muertes; y como no era parte disimuló, aunque mandó que no le diesen vituallas segun muchos dicen. Cortés procuró salir luego de allí; publicó que iba por sì, pues era vuelto Grijalba, diciendo à los soldados que no habian de tener que hacer con Diego Velazquez, y díjoles que se embarcasen con la comida que pudiesen. Tomó á Fernando Alonso los puercos que tenia para pesar otro dia en la carniceria, dándole una cadena de oro de hechura de abrojos en pago, y para la pena de no dar carne en la ciudad, y partiòse de Santiago de Barucoa á 18 de noviembre del año de 1518 con mas de trescientos españoles en seis navios.

CAPITULO 8.°

Los hombres y navios que Cortés llevó á la conquista.

Salió Cortés de Santiago con muy poco bastimento para los muchos que llevaba, y para la navegacion que aun era incierta, y envió luego que salió á Pedro Juarez gallinato de Porra, natural de Sevilla, en una carabela por bastimentos á Jamaica, mandándole ir con los que comprase al cabo de corrientes á punta de S. Anton, que es lo postrero de la isla àcia poniente, y èl fuese con los demas à Maca. Compró allí trescientas cargas de pan y algunos puercos á Tamay, que tenia la hacienda del rey. Fué á la Trinidad, y compró un navio de Alonso Guillén, y de particulares tres caballos, y quinientas cargas de grano. Estando allí tuvo aviso que Juan Nuñez Sedeño pasaba con un navio cargado de vituallas que vender á unas minas: envió à Diego Ordáz en una carabela bien armada para que lo tomase de fuerza, ó de grado, y llevase á la punta de S. Anton; Ordaz fué á él, y lo tomó en la canal de Jardines, y lo llevó á donde le mandaron, y Sedeño y otros se vinieron á la Trinidad con el registro de lo que llevaban, que eran cuatro mil arrobas de pan, mil quinientos tocinos, y muchas gallinas: Cortés les dió unas lazadas, y otras piezas de oro en pago, y un conocimiento por el cual fué Sedeño à la conquista. Recogió Cortès en la Trinidad cerca de doscientos hombres de los de Grijalba que estaban y vivian allì, y en Matanzas, Carenas y otros lugares, y enviando los navios delante se fuè con la gente por tierra á la Habana, y estaba poblada enton-

ces á la parte del Sur en la boca del rio Onicaxinal. No le quisieron vender allí ningun mantenimiento por amor de Diego Velazquez los vecinos; mas Cristobal de Quesada que recaudaba los diezmos del obispo, y un receptor de bulas, le vendieron dos mil tocinos, y otras tantas cargas de maiz, yuca, y aves. Basteció con esto la flota razonablemente, y comenzó á repartir la gente y comida por los navios. Llegaron entonces con una carabela Pedro de Alvarado, Cristobal de Olid, Alonso de Avila, Francisco de Montejo, y otros muchos de la compañia de Grijalba, que fueron á hablar con Diego Velazquez, é iba entre ellos un Garnica con cartas de Diego Velazquez para Cortés, en que le rogaba esperase un poco, que ó iria él, ó enviaria á comunicarle algunas cosas que convenian à entrambos, y otras para Diego de Ordáz, y para otros donde les rogaba que prendiesen á Cortés. Ordaz convidó á Cortés á un banquete en la carabela que llevaba á su cargo pensando llevarle con ella á Santiago; mas Cortès entendida la trama, fingiò al tiempo de la comida, que le dolia el estòmago, y no fué al convite, y porque no aconteciese algun motin se entrò en su náo; hizó señal de recoger como es costumbre, mandó que todos fuesen trás él á Santanton, donde todos llegaron presto y con bien. Hizo luego Cortès alarde en Guniguanigo, y halló quinientos cincuenta españoles de los cuales eran marineros los cincuenta: repartiòlos en once compañias, y diólas á los capitanes Alonso de Avila, Alonso Hernandez de Portocarrero, Diego de Ordáz, Francisco de Montejo, Francisco de Morla, Francisco de Salceda, Juan de Escalante, Juan Velazquez de Leon, Cristobal de Olid y un Escobar: él como general tomó tambien una. Hizo tantos capitanes, porque los navios eran otros once, para que tuviese cada uno de ellos cuidado de la gente y del navio. Nombró tambien por piloto mayor á Anton de Alaminos que habia ido con Francisco Hernandez de Córdova, y con Juan de Grijalba. Habia tambien doscientos isleños de Cuba para carga y servicio, ciertos negros, y algunas Indias, y diez y seis caballos y yeguas. Halló asimismo cinco mil tocinos, y seis mil cargas de maiz, yuca y ajis, es cada carga dos arrobas, peso que lleva un indio caminando: muchas gallinas, azucar, vino, aceite, garvanzos y otras legumbres: gran cantidad de quinquillería, es decir cascabeles, espejos, sartales, de cuentas de vidrio, agujas, alfileres, bolsas, agujetas, cintas, corchetes, hebillas, cuchillos, tijeras, tenazas, martillos, hachas de hierro, camisas, tocadores, cofias, gorgueras, caraguelles, y pañuelos de lienzo, sayos, capotes, calzones, caperuzas de paño, todo lo cual repartió en las náos. Era la nào capitana de cien toneladas, otras tres de ochenta y setenta, y las demas eran pequeñas y sin cubiertas, y bergantines; la bandera que puso y llevó Cortès en esta jornada, era de fuegos blancos y azules con una cruz colorada en medio, y al rededor un letrero en latin,

que romanceado dice: *amigos sigámos la cruz, y si tuviésemos fé en esta señal vencerémos.* Este fué el aparato que Cortés hizo para su jornada, y con tan poco caudal ganó tan gran reino. Tal, y no mayor ni mejor fué la flota que llevó à tierras extrañas que aun no sabia, y con tan poca compañia venció innumerables indios. Nunca jamas hizo capitan con tan chico ejèrcito tales hazañas, ni alcanzó tantas victorias, ni sujetó tan grande imperio. Ningun dinero llevó para pagar aquella gente, antes fué muy adeudado; pero bien sabia que no necesitaba paga para los españoles que iban á la guerra y conquista de Indias, que si por el sueldo lo hiciesen, á otras partes irian mas cerca. En las Indias cada uno pretende un estado ó grandes riquezas, pues tan valerosa y avára gente no se contenta con menos, que con ganar tan grandes bienes por sus manos. Concertada pues, y repartida como habeis oido toda la armada, hizo el insigne capitan Cortès una breve plática á sus soldados en la forma siguiente.

Oracion de Cortés á los españoles que les hizo con gran discrecion de buen capitan.

Cierto está, amigos y compañeros mios, que todo hombre de bien y animoso, quiere y procura igualarse con propias obras con los excelentes varones de su tiempo, y aun de los pasados; asì que yo acometo una grande y famosa hazaña, que será despues muy gloriosa, porque el corazon me inspira que hemos de ganar grandes y ricas tierras, muchas gentes nunca vistas, y mayores reinos que los de nuestros reyes; y cierto mas se extiende el deseo de gloria, que alcanza la vida mortal, á el cual apenas basta el mundo todo, cuanto menos uno ni pocos reinos. Hé prevenido naves, armas y caballos, y los demas pertrechos de guerra, y con esto bastantes vituallas, y todo lo demas que suele ser necesario y provechoso en las conquistas, y grandes gastos he hecho en que tengo puesta toda mi hacienda y la de mis amigos, y aun me parece, que cuanto menos tengo de ella, he acrecentado en honra; pues se han de dejar las cosas chicas cuando las grandes se ofrecen. Mucho mayor provecho, segun en Dios espero, vendrá à nuestro rey y nacion de esta nuestra armada, que de todas las de los otros. Callo cuan agradable será á Dios nuestro Señor por cuyo amor he puesto de muy buena gana el trabajo y los dineros. Dejarè aparte el peligro de la vida y honra, que he pasado haciendo esta flota, porque no creais que pretendo de ella tanto la ganancia, como el honor, que los buenos mas quieren honra que riqueza. Vamos à comenzar guerra justa y buena, y de gran fama. Dios Todopoderoso en cuyo nombre y fè se hace, nos darà victoria, y el tiempo traerà el fin que de continuo sigue à todo lo que se hace y guia con razon y consejo. Por

tanto otra forma, otro discurso, y otra maña hemos de tener, que Córdova y Grijalba, de la cual no quiero disputar por la estrechèz del tiempo que nos da priesa; aunque allá harémos lo que viéremos, y aquì yo os propongo grandes premios, mas envueltos en grandes trabajos; pero la virtud no quiere ociosidad. Por tanto, si quereis, llevad la esperanza por virtud, ó la virtud por esperanza, y si no me dejais como yo no os dejarè á vosotros ni á la ocasion, os harè en breve espacio de tiempo los mas ricos hombres de cuantos jamas acá pasaron, ni cuantos en estas partes siguieron las guerras. Pocos sois, ya lo veo, mas tales de ànimo, que ningun esfuerzo ni fuerza de indios podrá ofenderos, que experiencia tenemos como Dios siempre ha favorecido en estas tierras á la nacion española, y nunca le faltó ni le faltará virtud ni esfuerzo: conque asì id contentos y alegres, y haced igual el suceso que el principio de èl. Amén.

CAPITULO 9.°

La entrada de Cortés en Azucamil.

Con este razonamiento puso Fernando Cortés en sus compañeros gran esperanza de cosas, y admiracion de su persona, y les introdujo tanta gana de pasar con él á aquellas tierras apenas vistas, que les parecia ir no á guerra, sino á victoria y presa cierta. Se alegró mucho Cortés de ver la gente tan contenta y deseosa de ir con él á aquella jornada, y así se entró luego en su náo capitana, y mandó que todos se embarcasen de presto, y como vió buen tiempo se hizo á la vela, habiendo primero oido misa y rogado á Dios le guiase, aquella mañana, que fué á diez y ocho dias del mes de febrero del año de mil quinientos diez y nueve de la Navidad de Jesucristo Redentor del mundo. Estando en la mar dió nombre á todos los capitanes y pilotos como se usa, el cual fué de S. Pedro Apòstol su abogado: avisólos que siempre fuesen á vista de la capitana en que él iba, que llevaba en ella un gran farol por señal y guia del camino que habian de hacer, el cual era casi Leste, ó Este de la punta de S. Anton, que es lo postrero de Cuba para el cabo de Cotoche, que es la primera punta de Yucatán, donde habian de ir á dar derechos, para despues seguir la tierra costa á costa entre Norte y Poniente La primera noche que se partió Fernando Cortés, y que comenzó á atravesar el golfo que hay de Cuba á Yucatán, y que tendria pocas mas de sesenta leguas, se levantó Nordeste con recio temporal, el cual derrotó la flota, y así se derramaron los navios, y corr ó cada uno como mejor pudo; y por la instruccion que llevaban los pilotos de la via que habian de hacer, navegaron y fueron todos, menos uno á la isla de Azucamil, aunque no fueron juntos ni á un tiempo. Las que mas tardaron fueron la capitana, y otra en que

iba por capitan Francisco de Morla, que por descuido ó flojedad del timonero ó por la fuerza del agua mezclada con viento, se llevò un golpe de mar el gobernalle al navio de Morla, el cual para dar à entender su necesidad, hizò un farol desparramado. Cortés como lo vió arribò sobre él con la capitana, y entendida la necesidad y peligro, amainò y esperó hasta ser de dia para concertar con los de aquel navio, y para remediar la falta. Quiso Dios que cuando amaneciò ya la mar estaba en bonanza, y no andaba tan braba como en la noche, y en siendo de dia miraron por el gobernalle que andaba al rededor entre las dos naves. El capitan Morla se echó à la mar atado de una soga, y á nado tomò el timon y lo subieron, y asentaron en su lugar como debia estar, y luego alzaron velas. Navegaron aquel dia y otro, sin llegar á tierra ni ver vela ninguna de la flota, mas luego al otro llegaron á la punta de las mugeres, donde hallaron algunos navios. Mandòles Cortés que le siguiesen, y èl enderezó la próa de su náo capitana á buscar los navios que le faltaban, àcia donde el viento y tiempo los habia podido echar, y así fué à andar en Azucamil, y los halló, ecepto uno, del cual no supieron en muchos dias. Los de la isla tuvieron miedo, y alzaron su atillo, y se metieron en el monte. Cortès hizo salir à tierra á un pueblo que estaba cerca, de donde habian surgido cierto número de españoles, los cuales fueron al lugar que era de canteria, y buenos edificios, y no hallaron persona en èl; pero sí en algunas casas ropa de algodon, y algunas joyas de mucho precio. Entraron asimismo en una torre alta de piedra junto á la mar, pensando que hallarian dentro hombres y hacienda; pero ella no tenia sino dioses de barro y canto. Luego que volvieron dijeron á Cortés como habian visto muchos maizales y praderias, colmenares, y arboledas y frutales, y diéronle algunas cosillas de oro y algodon que traian. Alegróse Cortés con aquellas nuevas, aunque por otra parte se maravilló que hubiesen huido los de aquel pueblo, pues no lo habian hecho cuando vinó allí Juan de Grijalba, y sospechó que por ser mas sus navios que los del otro tendrian mas miedo; temiò tambien no fuese ardid para tomarle en alguna zalagarda, y mandò sacar á tierra los caballos á dos efectos, para descubrir el campo con ellos, y pelear si se ofreciese, y si no para que pastasen y se refrescasen pues habia donde. Tambien hizo desembarcar la gente, y enviò muchos á buscar la isla, y ciertos de ellos hallaron en lo muy espeso de un monte cuatro ó cinco mugeres con tres criaturas que le trajeron; ellas no entendian, ni él las entendia; pero por los ademanes y cosas que hacian, conocieron que la una de ellas era señora de las otras y madre de los niños. Cortés la halagó entonces que lloraba su cautiverio, y el de sus hijos, vistióla como mejor pudo á la manera de España, diò á las criadas espejos y tijeras, y á los niños algu-